

á un sexo débil, á unas huérfanas sin apoyo y sin esperiencia, que no podian por sí mismas cuidar de sus negocios temporales, especialmente en un país en donde la severidad de las costumbres apenas permitia á las doncellas presentarse en público. Los Sacerdotes por su parte encontraban la ventaja de desentenderse de los cuidados domésticos y mecánicos, para los cuales las mugeres son mucho mas aptas que los hombres. Tambien se alegaba el motivo relumbrante de quedar mas libres para las funciones del ministerio santo. Pretendia el Patriarca por el contrario, que nada podia equilibrarse con el escándalo y el peligro real de estas compañías; y no contento con hablar enérgicamente contra ellas en sus discursos, compuso dos tratados, uno contra dichos eclesiásticos y otro contra sus compañeras. En ellos destruye todos los fundamentos artificiosos de esta sociedad que llama no solo equívoca, sino tambien escandalosa; pues no estaba contenida por parentesco, ni matrimonio carnal ni espiritual, sino que se veía amenazada por una mezcla extravagante de los peligros é inconvenientes de uno y de otro.

La adhesion que muchos clérigos mostraron á este género de hermanas, le persuadió que no era tan inocente como decian, y echó de la Iglesia á los refractarios. Reprendió tambien á los eclesiásticos el frecuentar mucho las casas de los ricos, en donde se hacian á un mismo tiempo sus aduladores y sus bufones. Examinó despues la administracion de los bienes de la Iglesia; observó profusion hasta en el gasto

doméstico del Obispo, y aplicó lo supérfluo de este al alivio de los pobres y á la construccion de algunos hospitales. En una palabra, ninguna cosa se ocultaba á su vigilancia. Mandó que se le presentasen todas las viudas consagradas al servicio de la Religion: examinó con cuidado su conducta, é instó á las que manifestaban aire mundano y propension á la sensualidad á casarse, antes que valerse de la independenciam en que estaban de un esposo para pasar la vida en la ociosidad, en la locuacidad perpétua, y en la vana curiosidad.

40. Observamos por sus discursos que lejos de descuidarse entretanto de los otros fieles, los dirigia á la perfeccion mas sublime: exhortaba á los ciudadanos de Constantinopla á erigir cada uno en su casa una especie de hospital doméstico; es decir, un lugar de hospitalidad para el alivio de los pobres, hasta proponer á muchos el restablecimiento de la comunidad de bienes y el desinterés absoluto de los primeros Cristianos. Aunque los oficios de la noche se celebraban solo por los solitarios ó cenobítas, instó á la parte mas ocupada del pueblo, es decir, á los hombres que por el día no tenian tiempo, á que acudiesen al templo con la mayor frecuencia que les fuese posible; porque en cuanto á las mugeres, la prudencia les impide frecuentar estos egercicios nocturnos. Obtuvo quanto quiso con su elocuencia victoriosa: la ciudad de Constantinopla progresó admirablemente en la piedad y tomó un aspecto enteramente nuevo. El circo y el teatro quedaron desiertos por asistir á

los templos, y esto sucedia en la ciudad mas amante de los espectáculos; lo que sabemos por la explicacion que hizo con este motivo de las epístolas á los Efesios, Colosenses y Hebreos, como tambien de los hechos de los Apóstoles. Reunia tres veces á la semana sus ovejas, y en algunas ocasiones todos los siete dias seguidos; y quanto mas infatigable se mostraba en instruir, tanto menos se cansaban sus oyentes. La multitud así de fieles como de hereges y paganos que iba á oírle era tan grande, que se vió precisado á abandonar el lugar ordinario y predicar en otro mucho mas capáz. Concurrían algunos por curiosidad y amor á su elocuencia; pero triunfando la gracia de estas disposiciones de suyo imperfectas, y de todos los obstáculos, sucedían conversiones brillantes á cada momento.

41. Habiendo abjurado su error un tal Macedonio, pretendió convertir tambien á su muger, que le prometió lo que ansiaba, y concurrió á la Iglesia en donde recibió la Eucaristía. Mas en vez de consumirla la ocultó, inclinando la cabeza como para orar, y en su lugar puso pan ordinario que la dió con astucia una criada de confianza. Al llegar el pan á la boca, mudó súbitamente de naturaleza; y queriendo comerle halló en su vez una piedra entre sus dientes. Corrió inmediatamente al Obispo, confesóle su delito con muestras muy sinceras de conversion, y le enseñó la piedra en que estaban señalados sus dientes. Refiere este hecho Sozomeno que vivía casi por este tiempo, y dice que se veía esta piedra en el te-

soro de la Iglesia de Constantinopla, en donde se habia depositado (1). No limitó su celo á esta Iglesia el santo Patriarca, sino que le estendió con la reforma á las seis provincias de la Tracia, á las once del Asia, y á las Iglesias del Ponto; es decir, á todas las dependencias de su Patriarcado. Pasando de aquí á interesarse en todo lo que pertenecia al orden y felicidad del cuerpo de la Iglesia, emprendió reunir á los Obispos del Oriente con los de Egipto y de Occidente divididos siempre desde el cisma de Paulino. Pidió tambien á Teófilo de Alejandría que le auxiliase en sus designios, y los dos unidos obraron con tanto acierto en Roma por sus enviados, que hicieron entrar á Flaviano de Antioquía en la comunión de los Occidentales. El alma sensible de Crisóstomo en el mas alto punto de su elevacion, le hacia mirar á este Patriarca como á su maestro, y jamás cesó de amarle y reverenciarle como á su padre.

42. Su celo se estendió hasta los bárbaros mas feroces; pues habiendo sabido que habia Escitas vagamundos llamados Nomados ó Pastores acampados cerca del Danubio, y que anhelaban imponerse en la Religion, les envió hombres apostólicos que consiguieron felizmente su intento; porque ya habia en aquella nacion algun conocimiento del cristianismo (2). Mas como tenían muchas relaciones con los demás bárbaros, contagiados la mayor parte por el arrianismo, se habian despeñado muchos de ellos tambien en el error, y hasta en la ciudad Imperial se hallaban al-

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 5.* (2) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 1.*

gunos seducidos. Para desengañarlos les dió catequistas y sacerdotes de su lengua, y les señaló una Iglesia particular á donde algunas veces iba él mismo á instruirlos por medio de su intérprete. Sabiendo que habia aun Marcionitas en el territorio de Cyr, tomó medidas eficaces para libertar de ellos el país valiéndose del Obispo diocesano y de la corte.

43. San Porfirio arrancado á pesar suyo de la soledad para ser colocado en la Silla Episcopal de Gaza, suspiraba al ver su diócesis llena de idólatras, no menos furiosos contra su rebaño que contra el mismo Santo. Habia hasta ocho templos de los falsos dioses en aquella ciudad, y solo el ídolo de Marnas era suficiente para eternizar allí la idolatría. Porfirio solicitó del Emperador la ruina de la supersticion; y primero se dirigió al Patriarca, que á mas de su crédito empleó la gracia del eunuco Amancio gran siervo de Dios y muy poderoso con la Emperatriz. Recibió la Princesa prósperamente con su recomendacion al Obispo de Gaza, y le ofreció hablar al Emperador. Recordando entonces Porfirio una profecía que habia oido á un Santo anacoreta pasando por la Silla de Rodas, dijo á la Emperatriz (que estaba embarazada y que deseaba con ansia tener un hijo): „trabajad por la causa de Jesucristo, y tendreis un hijo que vestirá la púrpura (1).” Cumplióse al pie de la letra esta profecía poco tiempo despues, dando á luz Eudisia un hijo que se llamó Teodosio, como su abuelo; y á quien pusieron la púrpura des-

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 29. et S. Porf. ap. Sur. 26. Feb.*

de que nació con el título de César. La madre llena de alegría no olvidó al santo Obispo de Gaza: envióle á llamar siete dias despues de su parto, y á su llegada, levantándose prontamente de su silla, salió á recibirle á la puerta de su cuarto con el tierno Príncipe que tenia en sus brazos. „Padre mio, le dijo, dadnos vuestra bendicion á mí y á este niño que tengo por vuestras oraciones:” invocó el Obispo al Señor, y les echó su bendicion. Despues escribió un memorial, buscó el momento en que llevaban al tierno César á palacio, y se le presentó. El que tenia el niño, y conocia las disposiciones de la madre, recibió el memorial sonriéndose, y despues haciendo inclinar un poco la cabeza al Príncipe, dijo en voz alta: *hágase como se pide.* Contó la Emperatriz el caso al Emperador: alegróse todo el palacio, y agradóles el ardid. „Es sin duda el asunto de grande importancia, dijo Arcadio, pero ¿cómo hemos de resistir al primer acto de autoridad de nuestro hijo?” Dióse orden al punto para demoler los templos de Gaza y particularmente el de Marnas: de cuyas ruinas hizo construir la Emperatriz una Iglesia magnífica y un hospital para los forasteros.

44. La idolatría, conforme al rumor de un falso oráculo que esparcian los Gentiles por todo el Imperio, debia recobrar por este tiempo su primer lustre, y levantarse sobre las ruinas del cristianismo. Mas vieron los idólatras por el contrario hasta las estremidades del Occidente caer todos sus ídolos por un edicto espreso del Emperador Honorio, venir á tier-

ra todos los monumentos de la superstición, quedar algunos en pie solo para el adorno profano de las ciudades, y consagrar al culto cristiano todos los templos de los falsos dioses.

Estableciendo entonces Aurelio, Obispo de Cartago, la Silla de su Primacía en el famoso templo de Juno, llamada celestial, pronunció la verdad increada sus oráculos en el mismo lugar en donde el padre de la mentira habia hecho resonar los suyos por espacio de tantos siglos. No se vió ni apareció mónstruo alguno, ni dragon horrible de los que segun la amenaza de los Paganos, debian defender á la madre de sus dioses. Los oráculos de las Sibilas hallados en Roma, y tan venerados allí, fueron pábulo de las llamas á que Estilicon los condenó.

45. Empleáronse en el fondo de las Galias con el mismo buen éxito Pastores celosos en la ruina de la idolatría. El gran San Martin hizo con este objeto terribles esfuerzos mucho tiempo con la mas infatigable perseverancia, y la desterró casi enteramente de su Diócesis; pero ya tantos trabajos le habian consumido, y se acercaba el momento de obtener el premio merecido. Tenia mas de ochenta años, y sabiendo que se acercaba su muerte, él mismo avisó de ello á sus discípulos. Mas como hubiese sabido que habia alguna division en el arrabal de Canda, á las orillas del Loira y junto á Viena en la estremidad de su Diócesis, partió volando á restablecer la concordia y la caridad que su solo aspecto inspiraba. No fue necesario en efecto mas que presentarse para afirmar la

union, y cuando pensaba ya regresar á su monasterio, le faltaron de repente las fuerzas y avisó á sus clérigos, que por su respeto y ternura le acompañaban en gran número por donde quiera que iba. Cuando estos advirtieron el estado de debilidad y decaimiento en que se hallaba, exclamaron todos á una voz: „¡ó Padre! ¿con qué nos dejais? ¿No veis cuán necesario nos erais, y que los lobos devoradores invadirán vuestro rebaño luego que deje de teneros por defensor? Vos volais á la felicidad suprema; ¿pero no os interesan las calamidades ni los peligros en que nosotros naufragarémos?”

El Santo enternecido y vertiendo lágrimas con ellos, dijo: „Señor, si aun soy útil á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo: obrad sin escuchar mis deseos lo que sea de mayor utilidad para mis ovejas y para vuestra mayor gloria.” Agravóse el mal, y abrasado el Santo de una fiebre violenta, estaba tendido sobre la ceniza y el cilicio. Pidiéronle sus discípulos á vista de esto que permitiese al menos que le colocasen debajo un poco de paja; pero mirando este tratamiento como muy delicado: „hijos míos, les dijo, no es propio de un Cristiano morir en la blandura y molicie.” Oraba sin interrupcion con los ojos y las manos levantadas al cielo; le rogaron que mudase aquella postura penosa, y respondió: „dejadme contemplar el cielo mas bien que la tierra: este es el camino por donde mi alma debe ir al Señor.” Mostrando despues su justa confianza y el desprecio que hacia de los últimos ataques del enemigo de la salud: ¿qué esperas

aquí, le dijo, monstruo cruel? Nada encontrarás en mí que responda á tus designios funestos: me elevaré sobre tus ardides hasta el seno de Abrahán." Y pronunciando estas palabras exhaló el último suspiro, á 8 de Noviembre en el año veintisiete de su Episcopado, y segun la opinion mas verosímil el 397 de Jesucristo. Luego que murió, se vió brillar su rostro y despedir rayos de gloria celestial.

Creíanse autorizados los habitantes de Poitiers para llevarse su cuerpo á causa del tiempo que habia morado entre ellos en su primer monasterio de Liguéy; pero sus diocesanos le amaban en extremo, y eran muchos los que se hallaban en Canda para dejar de defender sus justas pretensiones. Lleváronle á Tours en donde se reunió un concurso prodigioso, no solo de la ciudad, pues toda ella salió á recibir las santas reliquias, sino tambien de los pueblos del campo y de muchas villas inmediatas. Las personas mas retiradas por su estado se juzgaron dispensadas de la regla en una circunstancia tan santa; y concurrieron sociedades innumerables de vírgenes con cerca de dos mil monges. Vertian todos abundantes lágrimas, atendiendo menos á la corona eterna que ya tenia el Santo, que á la pérdida irreparable que acababan de experimentar, y le acompañaban cantando himnos hasta el lugar de su sepultura, en donde se edificó despues una grande Iglesia, y el célebre monasterio llamado de San Martin (1).

46. Hicieron mucha sensacion por el mismo tiem-

(1) *Sever. Sulp. vit. S. Mart. lib. 14. n. 25.*

po las diferencias de San Gerónimo con Rufino de Aquileya. Santa Marcela y otros amigos de distincion, que el Santo tenia en Roma, clamaban altamente contra los escritos de Rufino; pues á mas de su celo por la fe veían con dolor que se esparcian por el Occidente las novedades de Orígenes, y se indignaban de ver el artificio con que el traductor complicaba en estos errores perniciosos al santo Sacerdote Gerónimo. Escribieron á este ilustre amigo, el que justificándose de las alabanzas que habia dado á Orígenes, contestó que apreciaba su entendimiento y erudicion, pero sin aprobar su doctrina. Díjole tambien que se habia servido de él como de los escritos de Tertuliano, de Eusebio de Cesaréa, y de Apolinar, con quienes habia estudiado, como tambien bajo la direccion de un Judío. Que la doctrina de Orígenes es reprehensible, por mas que sus costumbres hubiesen sido puras, y sus trabajos inmensos. Que si admitia escusa en sus intenciones, sus dogmas están envenenados por hacer violencia á la Escritura. Y finalmente, que es cosa escandalosa alabarle como á un Apóstol que en nada se engañó (1). Por lo respecto á la apología de Orígenes atribuida por Rufino á San Pámfilo, defiende Gerónimo que no es de este santo Mártir, sino de Eusebio. Como le tenían siempre por amigo de Rufino, de quien lo habia sido constantemente durante su larga mansion en Palestina, le escribió á él mismo, quejándose dulcemente de que prodigándole elogios aparentes le hacia en efecto sospechoso de origenismo, y

(1) *Hieronym. Epist. 63.*

le suplicó que no lo hiciese jamás de este modo. Mas lo que separó á Rufino de la amistad de San Gerónimo fue que para detener el escándalo de su version, tradujo el mismo Santo los libros de los *Principios*. Veía una afectacion muy sospechosa de parte de Rufino, en el modo de corregir en su Orígenes los errores contra la Trinidad, que hubieran hecho mucho daño en Occidente, y habia dejado los pasages peligrosos, cuyo veneno era mas imperceptible. Tales eran los de la estraña doctrina concerniente á los ángeles, á las almas de los hombres, á la resurreccion futura, á la multitud de mundos, y al restablecimiento final de todas las cosas. San Gerónimo juzgó que debia hacer una version mas exacta, en la que apareciesen igualmente todas las impiedades, y la que inspirase la desconfianza debida para no fiarse de este autor. Sintió tanto Rufino este golpe, y tanto se indignó, que no pareció conveniente comunicarle la carta de su antiguo amigo, y compuso inmediatamente contra él tres libros, que no sirvieron sino de hacer aun mas equívoca la fe de su autor: de modo que el Papa Anastasio opinó que no podia menos de censurar, y censuró efectivamente estos nuevos escritos.

47. Condenaron, pues, á Orígenes con su traductor y al origenismo, no solo el Pontífice, sino tambien Venerio de Milán, discípulo y sucesor de San Ambrosio, Cromacio de Aquileya, de quien Rufino era diocesano, y en una palabra todo el Occidente, indignado justamente con tan grande escándalo (1).

(1) *Hieronym. Epist. 70.*

Por mas cuidado que se haya tenido en disculpar á Orígenes, es imposible justificar sus obras, ni aun imputar á sus discípulos todos los errores que contienen. Debemos no obstante convenir en que estos introdujeron en ellas los mas groseros; y que por otra parte seria injusto tomar á la letra ciertas espresiones de este escritor, que fue un partidario estremado del sentido alegórico. He aquí la injusticia de que se acusa á Teófilo de Alejandría, y que resplandece en las cartas pascuales que dirigia á todas las Iglesias para avisarlas el dia de la Pascua, á egemplo de sus antecesores encargados de ello por el Concilio de Nicéa: ocasiones de que se aprovechó para infundir á los fieles las ideas que él mismo tenia del origenismo. La primera y la mas equitativa de estas cartas reduce dichos errores á lo siguiente.

Insinúa en primer lugar, que el reinado de Jesucristo debe tener fin: impiedad que no se encuentra de un modo espreso en alguna obra de Orígenes, pero se sigue naturalmente de sus principios; porque si todos los cuerpos deben ser destruidos al fin de los siglos, como que dice que no fueron hechos sino para castigar á los espíritus, síguese que Jesucristo no tendrá ya cuerpo, ni será verdaderamente hombre, ni por consiguiente será nuestro Rey, á lo menos bajo esta relacion. El segundo error es, que los demonios se salvarán despues de haber sido purificados con largos suplicios; lo que imaginaba Orígenes sobre el principio de que Jesucristo debia ser el Salvador de todas las criaturas racionales. El tercero es, que los cuerpos

no resucitarán del todo incorruptibles, sino que conservarán la raíz de la corrupcion, ó el principio de la destruccion que deben experimentar al fin de los siglos; lo que es tambien una consecuencia de la ridícula sentencia de Orígenes, que piensa que los cuerpos, como únicamente destinados á castigar los espíritus, se hallan enteramente purificados.

48. A pesar de la penetracion de Teófilo en cuanto al misterio del origenismo, siguió sin embargo mucho tiempo el camino de la censura. Habíanle escrito San Gerónimo y San Epifanio sin fruto alguno, que en vano esperaba corregir á los hereges con la dulzura, y que muchos varones santos desaprobaban la lentitud que usaba. Mas acusándole de origenismo algunos monges Egipcios con el fuego de un celo indiscreto, no vió medio mas propio para calmarlos, que condenar estos errores, aunque la acusacion fuese infundada. Habia entre estos monges muchos simples é ignorantes que se representaban imágenes sensibles de las cosas mas intelectuales, y se convencieron sobre ciertas espresiones de la Escritura, de que Dios, en cuanto Dios, tenia cuerpo como los hombres, lo que los hacia hereges Antropomorfitas. Así es que no distando ningun intérprete de la Escritura de esta esplicacion grosera tanto como Orígenes, trataban de Origenistas á todos los que les contradecian.

49. Enseñaba públicamente con la Iglesia Católica el Obispo Teófilo, que Dios es incorpóreo, y aun contradijo muy detenidamente el error contrario en una de sus cartas pascuales que se envió á los mo-

nasterios segun costumbre. Aquellos sencillos solitarios quedaron estrañamente escandalizados al saberlo, como si se les hubiera quitado á su Dios con el fantasma que formaban. Uno de ellos llamado *Serapion*, viejo de gran virtud, pero muy simple (despues que se le sacó de sus preocupaciones, haciéndole concebir que no eran menos contrarias á la Escritura que á la fe de todas las Iglesias y de todos los siglos) deseando dar gracias á los que acababan de desengañarle, comenzó á llorar, exclamando: „¡ay de mí, que me han privado de mi Dios, y ya no sé lo que adoro!” (1)

Declaróse mucho mas indócil la multitud de los monges: abandonaron sus soledades, acudieron en gran número á Alejandría, trataron al Obispo de impío delante del pueblo, y llegaron con su insolencia y amenazas hasta el palacio patriarcal. Entonces Teófilo se declaró contra los libros de Orígenes, y prometió condenarlos: despidió cautamente á los solitarios, y en seguida tuvo un Concilio en el que se aprobó, que todo el que siguiese las ideas de Orígenes seria condenado por la Iglesia.

Eran los monges de Esceta los que se habian levantado principalmente contra el Patriarca. Los de Nitria por el contrario contaban entre ellos algunos muy sospechosos de origenismo, y parece que eran menos adictos á los errores de Orígenes que á sus libros, pues suponian que estos habian sido alterados por manos estrañas. De modo que se podia separar

(1) *Cassian. Collat. 10. cap. 3.*